

“El rol de la Iglesia hoy y acá es la reconstrucción de la sociedad destruida por el individualismo”

En primer lugar, contanos acerca de tu experiencia. ¿Cómo decidiste hacerte cura?

Yo entré al seminario a los 21 años, hoy tengo 39. Tenía una inquietud social muy grande. De pibe había ido a la villa 31 a dar apoyo escolar y me interesaba trabajar con la gente en situación de calle. Empecé a estudiar Medicina, decía que iba a ser médico sin frontera... no tanto por la ONG, sino por el ideal. Buscaba un ideal que me tomara la vida entera. Y en un momento, organizando viajes con los pibes, nos íbamos a ir de mochileros al sur, pero mi padrino se enfermó del corazón y yo me quedé a cuidarlo. La operación salió bien pero el resto ya se había ido y no era como ahora, que sería fácil encontrarse: yo ya me la había perdido. Entonces, el hermano de una piba con la que salía en ese momento me invitó a un pueblito de pescadores en Misiones. Y si bien siempre estuve vinculado a la fe, hasta ese entonces no participaba. Pero me cayó una ficha religiosa y de repente todo eso encontró un canal. Cuando volví, procesando, había sido una experiencia mística, algo

muy fuerte, yo ya me veía como cura, en el sacerdocio estaba la oblación que yo buscaba: la entrega total de la vida a los más pobres se sintetizaba ahí. Se lo conté a mi viejo, que era agnóstico combativo y que justo en ese momento estaba reconciliando parte de su vida acercándose a la Iglesia. Se lo contó al cura de la parroquia, que me mandó a llamar y me pidió que hiciera cosas de la parroquia. Yo me enganché, estuve un año y después entré al seminario. Pero en el fondo fue la comprensión de que había una sed de oblación, de totalidad, que iba por el camino de entrega a los más pobres, y que entraba por ese camino religioso. Fue una experiencia interior.

¿Cómo llegaste a la comunidad de Caacupé?

Cuando estaba en el seminario mi inquietud tenía que ver con lo misionero, no aguantaba el encierro. Sentía una vocación muy grande y una realidad eclesial muy chica. Pasando la mitad del seminario, entré en crisis y Bergoglio llegó y nos propuso que podíamos tener planes personalizados de formación. Se trataba de





MARTÍN SCHIAPPACASSE



MARTÍN SCHIAPPACASSE

► encontrar algo que satisficiera esa sed. Me iban a mandar en principio a la villa 31, pero quien me había presentado en el seminario también lo apadrinaba a Pepe, que en ese momento estaba acá, y entonces así llegué a Caacupé.

¿Cuál sería la diferencia entre lo que plantea la iglesia y la religiosidad popular, esto es, cómo lo recibe el pueblo?

No soy yo quien lo dice. Nuestra corriente habla desde toda la vida de la piedad popular como un cristianismo no eclesialístico, es decir, no significa que esté en pugna, pero no está sediento de las palabras que dice el Papa los miércoles ni de la normativa, sino que mira otra cosa. Es un cristianismo que está mirando otra cosa: incorpora la solidaridad, la hospitalidad, los valores cristianos, el perdón, en suma, es vivir cristianamente. Los 8 de diciembre se congregan en el barrio diez mil personas que vienen a la fiesta de la Virgen, pero no hay diez mil personas que vengán a misa todos los domingos. Eso sí, son diez mil personas que tienen una perspectiva cristiana en su vida y que así tratan de vivir

aunque no funcionen en el ritmo estructurado. Eso es muy valioso y es la línea que de algún modo lleva Bergoglio a Roma. La alianza con lo popular.

¿Podemos argumentar en torno a la repercusión que tuvo Bergoglio en su llegada al Vaticano?

El discurso de Bergoglio no es nuevo, pero sí los signos que lo acompañan, porque él trata de vivirlo. Por ejemplo, cuando él se presenta como obispo de Roma es un signo de apertura a otras iglesias cristianas. O la cuestión de las corrientes de pensamiento dentro de la educación, una mística de apertura y de integración. Él toma herramientas para instalar un tema: qué son las *scholas*, un aula virtual, es plantar un olivo. Propone ser abiertos, ecuménicos. Frenó la guerra, y estuvo buenísimo su labor con respecto a Cuba y Estados Unidos. En el concierto de las naciones instala una presencia que estaba olvidada cuando dice que el Mediterráneo es un sepulcro. Su primera visita es a Lampedusa, llevando en su historia todo lo que significan las villas. Esa lectura de la periferia de la historia ingresa en los centros de poder, se escucha y

es muy fuerte, porque no se piensa desde ahí, sino desde otro lado. Ahí está la oportunidad. La visibilidad que tomamos a partir de él fue inmensa. Y entonces también es una responsabilidad, porque acá llegan periodistas de todo el mundo que se llevan un modo de pensar que tiene que ver con esa mirada de la piedad popular, de la opción por los pobres, en otras palabras, que tiene que ver con la historia argentina y latinoamericana, con procesos y caminos de pensamientos que no se escuchaban en otros lados. Es una voz que existía pero que no se escuchaba.

¿Aparecen por consiguiente otras preguntas, nuevos cuestionamientos e iniciativas dirigidos al cambio social?

La Iglesia habilita ahora otras voces. Tal vez si antes decías algo al respecto, se te tiraban encima. Igualmente Bergoglio no toca la cuestión dogmática y no parece que fuera a meterse en ello. La discusión del aborto es un punto al que no creo que se llegue. Ahora bien, con claridad una iglesia en la que no seamos todos iguales no es la iglesia de Cristo, y eso había que

decirlo, ya no se puede denigrar a los demás por su condición. Hoy se puede decir más fácilmente gracias a esta postura que te hace pensar que algunos posicionamientos no eran tan esenciales. Vale decir, no es que el cristianismo o el catolicismo fueran eso otro, sino que se puede pensar mucho más en la diversidad.

¿Es la Iglesia la que se adapta o es la sociedad que puede escuchar de otra manera? ¿Qué rol cumple hoy en día?

La Iglesia no se adapta, sino que se habilitan voces que antes estaban relegadas. Toman otra fuerza y protagonismo. El rol es el de siempre, pero no todos entendemos la fidelidad a Jesús del mismo modo. En nuestro caso concreto, que trabajamos con pibes que están con el paco, no se trata de un problema lineal, sino que es estructural, hay que hacer accesibles una vivienda, un trabajo, un documento, que pueda curarse la tuberculosis, hacer tratamiento por HIV... En ese sentido, no es sólo incidir en la vida del pibe, sino que hay que trabajar sobre la comunidad y son los valores cristianos que antes mencionaba, el perdón, la



MARTÍN SCHIAPPACASSE



MARTÍN SCHIAPPACASSE

► paciencia, la hospitalidad, la solidaridad. Son valores universales, que están muy enraizados en el corazón de nuestra fe y son esos valores los que de algún modo permiten la reconstrucción de los lazos. Se trata de la superación del individualismo, del lazo social roto. No sé si puedo dar cuenta del rol de la Iglesia en general, pero el rol de la iglesia hoy y acá es la reconstrucción de la sociedad destruida por el individualismo. Lamentablemente el consumismo nos encerró en burbujas separadas. Tenemos una doctrina y una acción que van en el mismo sentido y no es sólo sobre la persona. Desde el hogar, más que la recuperación del adicto, el objetivo primero es enseñar y ayudar al barrio a convivir con él, que es lo más importante, porque si no, le tienen miedo, y si le tienen miedo, no va a conseguir trabajo y lo ponen al margen. Tenemos un rol: cuidar la vida. La evangelización se plantea como la reconstrucción del tejido social sobre un fundamento comunitario.

¿Qué es un acto de fe para el cristianismo?

Hay distintos ámbitos para pensarlo. Cuando estoy en misa y tengo que predicar, o cuando voy a un retiro

espiritual o en la confesión, vos le estás hablando a un pueblo que viene a buscar un lenguaje explícito y entonces me ubico más en la línea de lo tradicional. Pero cuando estamos acompañando la vida de chicos rotos, destruidos, el lenguaje es primero gestual: es el amor, poner el cuerpo. Todos saben quiénes somos, de dónde sale ese compromiso y la fe se transmite sin hablar demasiado, los pibes que están desde hace tiempo con nosotros tienen esa mirada. Yo mandé a unos pibes a acompañar la apertura de un centro barrial en otro lado y me decían que se sentían desbordados por tanto lenguaje aunque sean pibes con una fe impresionante. Sin embargo, evidentemente la aprendieron de otro modo. El lenguaje a veces está un poco desconectado de la existencia.

¿Y la salvación?

La dimensión inmanente de la salvación... ¿De qué cielo, de qué salvación vamos a hablar si la pibita está en la calle y hace trabajo sexual para poder consumir? ¿Cuál es la salvación? No podemos pensar en ello sin construir algo distinto como punto de partida. Yo tuve

una crisis en esta comunidad, cuando llegué en el año 2002. Pepe me pidió que acompañara a un grupo que se empezaba a juntar. Eran pibes que estaban con problemas de droga y de delincuencia. Recuerdo a uno, Pablo, que era una alegría, un fenómeno total, un tipo gracioso, divertido. La cosa es que el chavón tuvo un traspie, lo entregaron y lo mataron. Fue el primer pibe amigo mío que me mataron, de los que yo estaba cuidando, de los que yo sentía, y me partió el alma. Veía la historia del pibe, durísima, en la que todo era injusticia, y me sumergí en una crisis de fe: ¿por qué todo tan injusto? ¿Por qué a este tipo no le tocó ni un rayito de sol? En última instancia la respuesta para mí fue elegir creer, creer en el cielo y creer que en algún momento hay justicia, porque si no, nada tenía sentido. Si no, era el vacío, no había bien ni mal, no había razón para pelear y sólo había que dedicarse a estar un poquito mejor y nada más... Nosotros acá la peleamos, tratamos de hacer mejor la vida de todos, tratamos de organizarnos, de cuidarnos entre todos, de hacer una comunidad más fuerte y solidaria en el sentido real y no de beneficencia.

¿Cómo articulan el trabajo con otras instituciones?

Laburamos con todo el mundo. Acompañamos toda la vida de los pibes y el tema de la recuperación es lo que más nos ocupa, pero es imposible que todas las respuestas estén en la institución, entonces tenemos que hacer que salgan a jugar afuera. Y lo que encontrás lamentablemente, por los requisitos de otras instituciones, es que a los pibes más rotos, los expulsan. Entonces el trabajo en red es lo que hace posible el acompañamiento, porque no alcanza con que vos le des al pibito que está tirado en la calle una guía de recursos y que le digas "acá tenés todas las direcciones". Vos tenés que acompañar, poner el pecho, acordarte de él permanentemente. Si vos no humanizás el recorrido, no hay inclusión. Es la relación, es el amor, es la memoria lo que hace las cosas posibles, por eso los elementos tan técnicos se quedan en la puerta. Las respuestas no se estudian sólo en la facultad, hay que poner el cuerpo, si no, no hay chance. No es una cuestión de contenidos racionales.